

En Córdoba se produjo un aguacero artificial en el siglo XV

Los primeros ensayos para provocar artificialmente la lluvia, puede asegurarse que fueron realizados en España, en el primer cuarto del siglo XV, ante una veintena de hombres de ciencia, judíos y mudejares, por nuestro gran Enrique de Villena, a quien se ha juzgado siempre con tan poca atención y excesiva ligereza.

Mil veces pasó por manos de eruditos, provocando en ellos una sonrisita desdeñosa, entre escéptica y burlona, un documento que hoy vuelve a mirarse con más atención y detenimiento, con mirada más profunda y escudriñadora, devorando las palabras, desgranándolas letra a letra con el afán de hallar algo más de lo que puede eerse entre las deficiencias caligráficas.

Corría el siglo XV; reinaba en Castilla Enrique III y perduraban, decadentes, en Andalucía los últimos reyes moros; Francia se desangraba luchando con la Inglaterra de Enrique V en la Guerra de los Cien Años; en el resto de Europa, con excepción de la culta Florencia de los Médicis, nadie quería saber nada de ciencias.

Pero en Córdoba, sí.

Aunque había dejado de ser el emporio intelectual del mundo, conservaba el afán y el fervor por las cosas del espíritu; allí habían florecido grandes matemáticos y físicos, poetas y filósofos, dejando un rescoldo cultural que aún perdura, diferenciando y definiendo a la admirable Córdoba de hoy. A ella fué alguna vez Villena, deseoso de hallar con quién departir de geografía y de alquimia, que fuera de allí interesaban poco. En Castilla, podía al menos, hablar de arte y de literatura con Mena y Santillana, pero de ciencia, con nadie, sin peligro de ser tenido por más que extravagante cuando no por endiablado.

Villena no era un investigador profundo, pero sí hombre de inquietud espiritual, atento observador y divulgador de cuanto se hacía en el mundo y que llegaba a él a través de libros raros, que buscaba y se hacía traer de todos los rincones accesibles del mundo, sin preocuparse del idioma en que estuvieran escritos, pues le eran familiares cuantos entonces se hablaban.

Cuando el año 1410 marchó a Andalucía el infante Fernando, acompañado de la infanta Leonor, su esposa, y de lo más preeminente de la nobleza y la milicia castellanas, para guerrear con los moros, fué con ellos Villena hasta Sevilla, quedando allí para acompañar a la infanta y regresando a la Corte en septiembre de aquel año, después de la conquista de Antequera. Y fué tal vez entonces,

entre febrero y septiembre de 1410, cuando, en uno de sus viajes de curiosidad científica se llegó a Córdoba, decidido a experimentar algo que de ningún modo hubiera podido hacer en Castilla sin que se dudara de su integridad mental y sus intenciones honestas. Se reunió con veinte «obrantes... del mercurio vulgar» y se dispuso a hacer ante ellos algo sensacional; crear una nube y provocar un aguacero.

Cuantos estudios, notas y datos preliminares empleara en la preparación del gran experimento desaparecieron, con lo mejor de su biblioteca incomparable; sólo se conoce el elogio que, recordando el éxito de su realización práctica, le escribían en una carta—de cuya autenticidad se dudó y se sigue dudando por la fantasía desbordada que revela—sus colaboradores, a los que contesta con otra todavía más enfática.

Ninguna de estas misivas, mutiladas y adulteradas por pendo-listas y copistas, aclara el procedimiento ni las sustancias químicas empleadas, que el propio Villena ocultó a los que le recuerdan cómo ante ellos hizo «envermexecer el sol, ansi como si fuese eclipsado, con la piedra heliotropia... e tronar e llover dentro en la cámara con el baxillo de arambre e forma de calentador». La palabra «helio-tropia» (del griego «helios» y «tropo») no nombra una especie química, sino la acción de mudar o alejar el sol, y se habla sólo del aparato usado para sublimar o fundir no se sabe qué.

El olvido cayó sobre ello, rodeando del más injusto desdén a la figura y a la obra de Villena.

Siglos después vuelve a lucharse con las nubes, ahuyentándolas con cohetes, ametrallándolas desde aviones, atacándolas al fin con gases, como entonces. En los laboratorios de la General Eléctric C.^a norteamericana V. J. Schaefer crea, «en una cámara», una nube artificial e inyecta en ella distintas sustancias muy pulverizadas, formando núcleos de condensación o sublimación; en Nueva York, Irving Longmuir, ante treinta ingenieros, sometiendo a alta temperatura una pequeña cantidad de yoduro de plata, forma una invisible nube de gases que, elevándose hasta chocar con la nube objetiva, la hace crecer hasta oscurecer la atmósfera, comenzando a lloviznar en distintos lugares.

¿Cómo olvidar la carta famosa?

Hoy ya no cabe negar seriamente un fondo de verdad al interesantísimo experimento del maltratado e incomprendido Enrique de Villena, con la piedra heliotropia y el baxillo de arambre, ante los veinte sabios cordobeses.

J. Gil Montero.

